

Los movimientos y la renovación del socialismo

Leo Panitch

*Haz sonar las campanas que aún puedan sonar
Olvida tu ofrenda perfecta
Todas las cosas tienen una grieta
Así es como entra la luz.*

Leonard Cohen, «Anthem».

*Lo que ha ocurrido ha ocurrido. El agua
Que le echaste al vino no puedes
Ahora quitársela, pero
Todo cambia. Puedes comenzar de nuevo,
Desde el principio, con el último aliento.*

Bertolt Brecht, «Todo cambia».

*Para hacer que el ladrón devuelva su botín,
Para liberar al espíritu de su prisión.
Hemos de decidir nosotros cuál es nuestra ~~actar~~
Hemos de decidirlo y hacer las cosas bien.*

Eugène Pottier, «La internacional».¹

• Artículo publicado en *MR*, vol. 53, nº 9, febrero de 2002, pp. 37-47. Traducción de Joan Quesada. El presente ensayo es una versión reducida de la Introducción a *Renewing Socialism: Democracy Strategy and Imagination* de Leo Panitch (Westview Press, 2001). Leo Panitch es profesor de ciencias políticas en la Universidad York de Toronto, Canadá. Es coeditor, con Colin Leys, del *Socialist Register* publicado por Merlin Press.

¿Tiene algún sentido hablar de renovación del socialismo a principios del siglo xxi? Las multitudinarias protestas anticapitalistas que, desde Seattle a Praga, o a Québec, llamaron la atención del mundo entero en los inicios del nuevo milenio dan fe de que el espíritu de revolución, uno de los elementos centrales de la vida política de los siglos previos, difícilmente se puede considerar cosa del pasado. Si «el espíritu revolucionario de los últimos siglos, es decir, las ansias de liberación y de edificación de un nuevo hogar en el que pueda habitar la libertad, [un hogar que] no tiene ni precedentes ni nada que lo iguale en toda la historia anterior»² se inicia propiamente con las revoluciones burguesas a finales del siglo xviii, pocos discutirían que esas ansias de transformación fundamental de la sociedad llegaron al siglo xx, en gran medida, de la mano de las aspiraciones revolucionarias socialistas de trascender el propio orden capitalista. Fue el socialismo el que dio expresión durante el siglo pasado a la lucha por liberarse de la libertad paradójica de la revolución burguesa, es decir, de la competencia y explotación en que se fundamentan las relaciones sociales capitalistas, y fue el socialismo el que encarnó las aspiraciones de construir una sociedad completamente democrática, cooperativa y sin clases en la que la libertad y la igualdad pudieran hacer realidad, en lugar de negar, la sociabilidad de la especie humana.

No obstante, para fines del siglo pasado, ¿qué se podía decir que quedaba del proyecto socialista? Para muchas personas, en la década de 1990, la respuesta parecía evidente a la vista del ignominioso colapso de los regímenes comunistas del Este y de la pérdida absoluta de cualquier objetivo radical por parte de los partidos socialdemócratas de Occidente. Preguntar entonces sobre cuál podía ser el significado del propio concepto de cambio socialista en cuanto a sus objetivos, sus fuerzas sociales o sus agentes, por no hablar de métodos o de posibilidades inmediatas o a largo plazo, provocaba, cuando no el más completo desdén, al menos incertidumbre y confusión, dudas y pesimismo. La ausencia de organizaciones políticas significativas orientadas hacia un cambio fundamental de la sociedad en el contexto de las desigualdades y las irrationalidades del capitalismo global serviría para definir la tragedia de la izquierda moderna a finales del siglo xx.

No obstante, al mismo tiempo, en estos últimos años ha sido imposible no percibir la creciente frustración por la ausencia de alternativas políticas a unos partidos y unos gobiernos entregados al orden capitalista, así como el sentimiento de que algo hay que hacer al respecto. «No hay alternativa» comenzó siendo uno de los eslóganes de las campañas de la Nueva Derecha, para pasar a convertirse hoy en día, después de la depredación y la irrationalidad del neoliberalismo, en algo de lo que constantemente se lamenta la

izquierda. En este contexto, cada vez está más claro que, después de todo, tiene algún sentido seguir reflexionando sobre las perspectivas del socialismo en el momento actual.

Por supuesto, la reflexión tiene que ser seria y cautelosa. Tiene que tener presentes los fracasos y los desencantos del pasado, pero, sobre todo, aunque reexamine el pasado, tiene que mirar al futuro. Porque el objetivo más importante de ese ejercicio de reflexión ha de ser el de «reencontrar una vez más el espíritu de la revolución, no el de hacer revivir su fantasma», como dijo Marx en cierta ocasión.³ De hecho, si las personas que buscaban la forma de crear nuevas instituciones políticas encaminadas a la consecución de los ideales socialistas están desalentadas por el fracaso de los partidos comunistas y socialdemócratas en el siglo xx —o paralizadas por el miedo a que estos vuelvan a repetirse otra vez—, quizás nos ayude a superar todos esos sentimientos debilitadores el hecho de recordar que las instituciones de los antiguos partidos y sus prácticas fueron producto de su tiempo y lugar. Es posible pensar en el socialismo en términos de ideales y principios, de teorías y objetivos. Sin embargo, si pensamos en el socialismo como *política*, tenemos que pensar en él históricamente, en términos de proyectos políticos encarnados y articulados por unas instituciones concretas en un momento determinado. Si se lo concibe de esa forma, es posible que también se aclare la cuestión de cuál es el futuro del socialismo.

Los partidos socialistas de masas que en tantos países aparecieron en el escenario político a principios del siglo xix eran algo completamente nuevo: nunca antes habían podido las clases subordinadas crear por sí mismas organizaciones políticas de masas relativamente duraderas. Por supuesto, los cambios operados por el capitalismo mismo —no sólo la invención de nuevas formas de explotación y de desigualdad, sino también la disolución de los antiguos lazos sociales y de las mentalidades localistas, la creación de nuevas condiciones de vida con la industrialización y la urbanización, el desarrollo de nuevas formas de asociación autónomas respecto al estado— son los que crearon las condiciones para ese nuevo desarrollo político tan importante. En la práctica, los partidos de clase obrera llegaron a representar el proyecto socialista, aunque su ideología y su organización no podían sino reflejar en gran medida las condiciones específicas del capitalismo de su época. Al principio, la Segunda Internacional suponía un cierto paraguas común internacional, pero, como secuela de la división experimentada con la Primera Guerra Mundial (ya presagiada por anteriores discusiones en temas de estrategia y formas de organización), surgieron las dos alas institucionales que dominarían la política socialista a lo largo del siglo xx: el comunismo y la socialdemocracia, que, en ambos casos, llegarían a depen-

der fuertemente, aunque en formas muy distintas, del poder del estado. El predominio de esas dos formaciones en la política de izquierdas durante el resto del siglo formaba parte de un fenómeno más general: la «congelación de las alternativas de partido» de la que a menudo se habla en los estudios comparativos de los partidos políticos.

Mucho antes de la década de 1990, existían ya numerosas muestras de que las instituciones surgidas a principios del siglo xx como encarnación concreta del proyecto socialista habían cumplido ya con su papel en la historia. Desde una perspectiva materialista histórica, si se tienen en cuenta los enormes cambios producidos a lo largo del siglo en las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, ¿era posible esperar realmente que los instrumentos políticos de partido fundados a comienzos del siglo siguieran siendo expresión viable de la política del socialismo al acabar el siglo? Su pretensión de ser la representación institucional universal y eterna de los principios socialistas nunca debió tomarse muy en serio: no era más que reflejo, en buena parte, de unos sobredimensionados intentos ideológicos de reforzar el apoyo existente para sus tácticas inmediatas y sus estrategias particulares. Aunque se presentaban como la encarnación única del socialismo, históricamente eran una expresión condicional de este, en ningún modo fija para siempre en el tiempo.

Ya en los años de 1960 había existido dentro de la «Nueva Izquierda» la fuerte impresión de que tanto el comunismo como la socialdemocracia habían quedado enquistados en unas instituciones escleróticas que, cada una a su manera, habían ahogado la creatividad política e intelectual. Como miembro de la generación de la década de 1960, creo que es justo decir que eran muy pocas las personas que yo conocía que abrazaran los valores e ideas socialistas inspirados por el ejemplo soviético. Al contrario, nos hicimos socialistas *a pesar* de dicho ejemplo, que, en realidad, rechazábamos como modelo. Era un ejemplo que constantemente nos echaban en cara los objetores de nuestro socialismo, a lo que nosotros respondíamos, no defendiendo el comunismo autoritario, sino expresando la convicción de que todavía era posible concebir un socialismo democrático y de que valía la pena dedicarse a luchar para alcanzarlo. Aunque sí que nos inspiraban las valientes y tenaces luchas antiimperialistas y de liberación nacional, que, a veces, capitaneaban líderes y movimientos comunistas del Tercer Mundo, raras veces eran objeto de nuestra admiración los vínculos que algunos de ellos tenían con el comunismo soviético.

Rotundamente, el marxismo al que recurrimos como forma de análisis en este contexto no era el marxismo soviético. Era un marxismo renovado forjado por quienes habían apuntado formas de salir de la sofocante ortodo-

xia y trascenderla y que, normalmente, habían roto explícitamente con ella. No se tomaban demasiado en serio las afirmaciones que defendían que el tipo particular de sistema comunista autoritario construido en la Unión Soviética era el único resultado posible del marxismo; afirmaciones que, de hecho, podían considerarse simétricas a la misma pretensión expresada por los líderes del Partido soviético. En cierta ocasión, Joseph Schumpeter, que no era marxista, situó la cuestión en la perspectiva adecuada: «Entre el verdadero significado del mensaje de Marx y la práctica e ideología bolcheviques existe al menos la misma distancia que la que había entre la religión de los humildes galileos y la práctica y e ideología de los príncipes de la Iglesia o de los nobles guerreros de la Edad Media.»⁴ El argumento ha conservado su validez, tanto esgrimido ante un apologista estalinista de décadas anteriores, como ante un crítico postmodernista de décadas recientes.

Algunos de los miembros de la generación de la década de 1960 que se convirtieron en socialistas partieron en busca de un marxismo-leninismo más puro. Se reunieron bajo el sello de partidos revolucionarios relativamente minúsculos, de filiación y argumentos trotskistas y maoístas de diversos tipos. Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de los socialistas que yo conocía presentían que el problema de los partidos comunistas era más profundo que el de la desviación estalinista o postestalinista, que los propios elementos del pensamiento y de la práctica del leninismo, del trotskismo o del maoísmo eran altamente problemáticos, y que el discurso mismo del marxismo-leninismo era debilitador, de miras intelectuales estrechas y políticamente conducente a la marginación. En realidad, aunque abrazábamos el marxismo por su potencial para ayudarnos a entender las sociedades capitalistas en que vivíamos, también reconocíamos, al menos implícitamente —y a menudo explícitamente—, que el marxismo ofrecía relativamente pocos asideros conceptuales para entender la naturaleza de las propias sociedades comunistas autoritarias.

La esperanza, incluso expectativa, de la mayoría de los socialistas de mi generación era que lo que acabaría reemplazando al sistema comunista autoritario sería un cierto tipo de socialismo democrático. En ese sentido, los sucesos de Praga en 1968 fueron casi tan importantes para nuestra formación política como los de París en ese mismo año. Pero nuestro socialismo estaba poco condicionado por las expectativas de que el socialismo democrático fuera el resultado inevitable del bloque soviético. Lo que nos impulsaba hacia el socialismo era más bien la propia experiencia y observación de las desigualdades, las irracionalidades, las intolerancias y las jerarquías de nuestras sociedades capitalistas, tanto en su expresión global como doméstica. La frustración con los gobiernos socialdemócratas, incapaces de llevar a cabo

cambios sustanciales —o, peor aún, que ni siquiera intentaban seriamente llevarlos a cabo—, constituía, en ese contexto, nuestra principal preocupación. Pero eso *no* significa que las ilusiones románticas de inminentes levantamientos revolucionarios fueran ni mucho menos tan comunes dentro de la generación de la década de 1960 como a veces parece en la actualidad, cuando se la contempla retrospectivamente. Al contrario, la rapidez con que se adoptó en esa época la distinción de Gramsci entre Este y Oeste reflejaba el reconocimiento general de que en los países capitalistas más avanzados no se daban las condiciones para una insurrección. Lo que primordialmente desafiaron los miembros de la generación de los años de 1960 fueron las formas ideológicas e institucionales específicas de la política de los partidos socialdemócratas y comunistas, así como el parlamentarismo convencional y las formas burocráticas de representación y administración que estos habían llegado a representar.

En Occidente, la falta de capacidad de movilización popular de la socialdemocracia resultó especialmente debilitadora en el momento de la transición de la era del estado de bienestar de la posguerra a una nueva era de globalización neoliberal, una transición marcada por toda una serie de ataques exitosos de la derecha contra las reformas conseguidas en la era anterior. No obstante, fue en ese mismo periodo de transición de una a otra era del capitalismo cuando tantos activistas de la generación de los años de 1960, profundamente conscientes de las limitaciones de la socialdemocracia, igual que de las versiones nuevas y antiguas del leninismo, se dedicaron a construir los «nuevos movimientos sociales» que tan fuerte impacto social y político tuvieron en las últimas décadas del siglo xx. Esos movimientos, debido en parte a que habían aprendido de los errores de la política antigua, demostraron ciertamente que la movilización era aún posible y que aún había reformas asequibles. Sin embargo, el fracaso a la hora de crear alternativas de izquierda en forma de nuevos partidos políticos se hacía sentir en todas las elecciones, y se ha hecho sentir cada vez más también en los intentos, plenos de tensión, de mantener las coaliciones que componen el movimiento cuando se pasa de una cuestión a otra y de una acción a otra. Cada vez más, los activistas de los movimientos sociales se han venido enfrentando una y otra vez a la cuestión de cuáles son las perspectivas de que surjan unas nuevas instituciones políticas capaces de hacer entrar un proyecto político anticapitalista en el siglo xxi.

Sigue sin haber respuestas fáciles a esa cuestión. Aunque la situación de fuerte explotación, irracionalidad del mercado y crisis intermitentes es manifiesta en todas partes, también es cierto, no obstante, que ha cambiado radicalmente el perfil cultural, económico y social de las clases trabajadoras, a

partir del cual se desarrollaron inicialmente las antiguas expresiones institucionales de la política socialista. La cuestión no es que las clases trabajadoras sean menos homogéneas de lo que eran y, por eso, ahora resulta imposible una expresión de clase. Las clases trabajadoras jamás fueron homogéneas. La cuestión relevante —y es una cuestión muy difícil— es si es posible reorganizar y rejuvenecer la solidaridad política, y cómo hacerlo, a la vista de la diversidad que presentan las clases trabajadoras y de los cambios tan significativos que estas han experimentado. Siempre han existido tensiones dentro de la izquierda entre los que pretendían fortalecer la solidaridad ignorando esa diversidad y resistiéndose al cambio y quienes insistían en la necesidad de transformar a las clases trabajadoras en y a través del reconocimiento de su diversidad y en y a través del proceso de cambio. No cabe duda de que la experiencia adquirida con los nuevos movimientos sociales tendrá ahora una gran influencia sobre cualquier nuevo intento de renovación socialista, especialmente en el hecho de entender que la transformación de las relaciones sociales nunca debería haberse concebido en términos indiferenciados de clase, sino como algo que incluye las múltiples relaciones de dominación que se dan cuando estas se inscriben en sistemas de producción, reproducción, administración y comunicación.

De hecho, ya se ha producido un fuerte giro en el pensamiento socialista, que pone mayor énfasis que nunca en el objetivo de cambiar las relaciones sociales, tal y como antes describíamos someramente, por medio de la democracia económica y política. El cambio refleja el rechazo del tipo de dominación inherente a la tecnocracia y al corporativismo propios de los organismos de planificación central del comunismo, así como de las instituciones que gestionaban el capitalismo de estilo keynesiano. Eso no implica que la planificación haya dejado de ser importante para los socialistas. En realidad, la posibilidad de coordinar estratégicamente la toma de decisiones económicas no deja de parecer importante a todos los millones de personas que se ven obligadas a sufrir por primera vez las repetidas crisis de sobreacumulación y especulación financiera ocasionadas por la actual competencia capitalista intensificada. Las virtudes de esa coordinación —y, de hecho, la necesidad de esta— para evitar la destrucción de la naturaleza resultan cada vez más patentes a cada momento. Sabemos que la planificación económica dirigida que se rige por una estrategia de industrialización estatista y autoritaria, igual que un cierto tipo de planificación socialdemócrata de carácter indicativo y sujeta ella misma a las leyes de la acumulación privada de capital, se han demostrado, ambas, incapaces de planificar conforme a lo que sería ecológicamente cuerdo. Además, dada la decepcionante trayectoria del Partido Verde alemán, cada vez parece más

claro que existe un espacio, de hecho, para un nuevo tipo de socialismo que entienda que el éxito de las luchas para poner límites a la explotación de la naturaleza, igual que el éxito de las luchas para poner límites a la explotación del trabajo, impone unos costes, directos o indirectos, al capital que inducen, bajo el capitalismo, crisis económicas. Los socialistas pueden construir a partir de ese análisis para crear un poderoso argumento a favor de la coordinación económica democrática encaminada a reconciliar las necesidades humanas de bienes materiales y servicios con la reproducción de la naturaleza.

Dicho esto, los socialistas contemporáneos no pueden decir que cuentan con un plan maestro e infalible para un nuevo tipo de democracia política y económica. Que esto sea así suele provocar impaciencia. De hecho, a lo largo de las últimas pocas décadas no han faltado propuestas de modelos más o menos atractivos. Sin embargo, ninguno de esos modelos puede resultar convincente si no va de la mano de la creación de los medios políticos para su realización, es decir, de la creación de nuevas instituciones políticas encargadas de movilizar y educar, no sólo para la democracia económica, sino también para la transformación de las formas convencionales de representación y de administración dentro del estado. En este punto, resulta especialmente relevante también la cuestión de la participación de la que se hacía eco la Nueva Izquierda de la década de 1960. El hecho de que los partidos socialdemócratas y comunistas rechazaran despreciativamente la cuestión y se resistieran, en realidad, a emprender una mayor democratización política interna, supuso el enconamiento de la alienación popular con respecto a la burocracia administrativa y a lo que era un sucedáneo de representación, lo que contribuyó a allanar el camino al populismo defensor del mercado tanto en el Este como en Occidente. No obstante, según se van acumulando las pruebas de que los propios mercados están repletos de discriminación y de poder, las limitaciones del populismo de mercado ofrecen nuevas oportunidades para la reconstrucción de la política socialista.

Al considerar esas nuevas oportunidades, será importante no revivir en nuevas versiones la vieja tesis del colapso del capitalismo, que asigna la parte más dura de la estrategia y la lucha socialistas a las expectativas de que se produzcan severas crisis capitalistas. Está claro que las crisis económicas de mayor o menor envergadura que ya son visibles en el horizonte supondrán nuevas oportunidades para la izquierda de desarrollar nuevas formas y nuevas estrategias para mejorar cualitativamente sus capacidades. De la larga crisis de 1873 a 1896 surgieron en Europa los partidos y sindicatos obreros de masas; el modelo norteamericano de sindicalismo industrial y el modelo sueco de gestión socialdemócrata se forjaron durante la Gran Depresión

de la década de 1930, y fue en medio de las remozadas crisis económicas de las décadas de 1970 y 1980 donde se desarrollaron los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, también hay que tener presente que es gracias a las crisis que el capitalismo ha tendido históricamente a recuperar su dinamismo. Allí donde eso ocurre, y cuando eso sucede, así como cuando no existe una alternativa socialista viable —o cuando, al menos, existen pocos medios democráticos de defensa—, las consecuencias son siempre preocupantes.

La discusión de todas estas cuestiones siempre resulta parcial cuando se la emprende principalmente desde la perspectiva de la situación particular de la izquierda en los países capitalistas avanzados. Hace falta añadir inmediatamente que son precisamente las limitaciones de la experiencia que nos proporciona esa perspectiva, además de otros aspectos, las que hacen más perentoria la necesidad de contar con un internacionalismo renovado. Hay que resaltar la importancia de dicho internacionalismo, más aún a la hora de desarrollar la cohesión estratégica necesaria para oponerse a la agenda neoliberal y poner los medios internacionales que se requieren para el control del capital. No obstante, hay que señalar que, en la actualidad, la propuesta de que la izquierda se centre en el internacionalismo se realiza a veces a expensas de ridiculizar —o, cuanto menos, abandonar— las luchas en el nivel del estado-nación y, en realidad, en el nivel subnacional, que tan necesarias siguen siendo. Se trata de una falsa polarización de estrategias, aún más cuando el capitalismo, incluso cuando tiene un alcance global, sigue dependiendo de los estados-nación para su preservación y su reproducción más que de ninguna otra estructura. Igualmente, sigue siendo necesaria la intervención con políticas progresistas en las instituciones y las cuestiones internacionales, y esta seguirá realizándose en un futuro previsible a través de los representantes de los estados-nación. Dejar de pensar en cómo renovar la lucha socialista en el nivel nacional en nombre de un socialismo global que responda a un capitalismo global es mero romanticismo.

Lo que el nuevo internacionalismo debe aportar es sobre todo la puesta en común de experiencias respecto a la dificultad de transformar los estados locales y nacionales, incluso cuando estos están a cargo de gobiernos radicales. Es algo profundamente necesario si han de surgir nuevos movimientos socialistas, tanto en el Sur como en el Norte, capaces finalmente de cambiar los aparatos administrativos de manera que estos se vuelvan representativos y responsables ante la ciudadanía, así como destinados a aportar los medios y recursos para una toma de decisiones y una asignación de recursos tan descentralizadas y populares como sea compatible con la planificación democrática de los problemas comunes de la sociedad. La

renovación del proyecto socialista no tiene que ocuparse de si es necesario más o menos estado, sino de la creación de una clase diferente de estado. Las dos principales expresiones institucionales del proyecto socialista en el siglo xx dependían de un estado burocrático para la distribución, la regulación y la coerción hasta el punto de que el principal objetivo del socialismo, el desarrollo de la capacidad popular de autodeterminación colectiva, quedaba socavado más que reforzado. Sin embargo, es importante reconocer que el problema no se resuelve fácilmente con técnicas de democracia directa tales como el referéndum (y mucho menos con la representación proporcional por sí sola, como muchas personas de izquierdas dan a entender actualmente). Un populismo de izquierdas que pretenda que la gente conoce inherentemente qué es lo que debe hacer ignora la pasividad y la deferencia que provoca toda una vida de exclusión y atomización. Más que asumir que existen unas comunidades de ciudadanos activos e informados listas para atender la llamada de las profundidades, la primera tarea de un socialismo democrático para reformar el estado, no menos que para edificar un movimiento, es facilitar activamente la creación de capacidades democráticas. Se debe comenzar promocionando la capacidad que tienen ciertos individuos aislados de descubrir las necesidades e intereses que comparten con los demás en diversos aspectos de sus vidas para, a continuación, propiciar la formación de identidades y asociaciones colectivas y el desarrollo de medios institucionales y de recursos para determinar colectivamente cómo podrían satisfacerse tales necesidades e intereses. La promesa del socialismo es, precisamente, la de desatar las capacidades creativas del ser humano a través de una «democracia evolutiva», por utilizar el oportuno término de C. B. Macpherson, capacidades que el capitalismo y el estado sofocan. Lo que ahora hace falta es la aparición de expresiones institucionales de la política socialista que hagan pasar a primer plano y centren la ingente tarea de descubrir formas de representación y de administración pública que sean evolutivas en ese sentido.

Los socialistas actuales no pueden albergar ilusiones con respecto a la rapidez con que es posible lograr avances verdaderamente significativos hacia el cumplimiento de sus objetivos. El patrón que sigan los avances variará enormemente de un país a otro, y habrá tanto reveses como victorias. Pero el fatalismo en el que ha quedado sumida gran parte de la izquierda en los años recientes supone una cortedad de miras, ya que, se mire donde se mire, existe un fermento, y los agravios se expresan, se llevan a cabo reivindicaciones y se afirman los derechos. Una parte de dicho fermento ha cobrado formas profundamente enfermizas, pero buena parte de él es progresista y se expresa, cada vez más, en un lenguaje anticapitalista bien acorde con las aspira-

ciones socialistas. Ciertamente, no hay que subestimar las dificultades que implica el desarrollo de nuevas prácticas e instituciones socialistas. La nueva generación de socialistas de los países capitalistas avanzados que alcanzó la madurez en las décadas de 1960 y 1970 fueron incapaces de forjar, en el cuarto de siglo siguiente, nuevos instrumentos políticos de alcance e importancia comparables a los de los antiguos y escleróticos instrumentos cuyos errores solían señalar con tanta precisión y agudeza y solían criticar con tanta saña. No obstante, en términos históricos, un cuarto de siglo es un periodo corto si se lo compara con el medio siglo que transcurre entre la derrota del cartismo y las revoluciones de 1848, por un lado, y la aparición del nuevo sindicalismo de masas y de los nuevos partidos socialistas hacia finales del siglo XIX, por otro. Además, la inestabilidad, por no hablar de los costes sociales, del actual juego global sin bridas del capital convertirán en una cuestión de importancia política cada vez mayor el hecho de que la adquisición de tan enorme poder se produzca en un dominio privado inherentemente no democrático, en lugar de en un dominio público potencialmente democrático. El socialismo democrático nunca fue algo inevitable; no obstante, está claro que sigue siendo históricamente relevante.

En cualquier caso, deberíamos intentar al menos no mezclar la cuestión de que seamos mortales con el tema de la realización del socialismo. El hecho de que Marx subestimara la longevidad del capitalismo fue sólo el primero de los muchos fallos apoyados en ese comprensible aunque desafortunado error. Muchas de las personas de la izquierda que hoy en día se sienten desalentadas y que se toman en serio los comentarios sobre la muerte del socialismo sólo están reconociendo que es probable que la muerte les sobrevenga antes de la llegada del socialismo. Pero no es preciso que el socialismo llegue a lo largo de nuestro tiempo de vida para que seamos políticamente relevantes como socialistas. El sentido de la política socialista es que la gente común se desarrolle en el proceso de implicarse en la vida política. La primera pregunta que debe hacerse un o una socialista es si las instituciones políticas existentes sirven como marco para hacer tal cosa o, por el contrario, la reprimen. Sólo si somos capaces de reunir la suficiente creatividad e imaginación estratégica como para desarrollar instituciones políticas alternativas que sean evolutivas, estaremos contribuyendo a hacer posible el socialismo. El hecho de que otros intelectuales socialistas estuvieran llegando a esta misma conclusión a finales del siglo XX es un pequeño signo, aunque alentador, de que es posible que haya una nueva era de renovación socialista en el horizonte.⁵

La tarea de hacer que las personas piensen de forma ambiciosa se ha convertido, de nuevo, en el desafío inmediato de la izquierda actual. Para

trascender un pesimismo político debilitador y hacer que «los hombres derrotados vuelvan a probar el mundo», como dijo Ernst Bloch en los días más lúgubres de avance del fascismo, será necesario reavivar la imaginación socialista haciendo revivir el pensamiento utópico. Eso no significa abandonar el marxismo, sino más bien revivir lo que Bloch llamaba la «corriente cálida» visionaria, junto con la «corriente fría» de la economía política;⁶ quizás haga falta, incluso, añadir una nueva capa a la teoría marxista para ayudar a los socialistas a apreciar que, además de analizar la acumulación de capital, hace falta pensar cómo propiciar la acumulación de capacidades.

Nosotros podemos ver a través de las grietas aparecidas en el edificio que intentaron construir generaciones anteriores de socialistas: «Así es como entra la luz.» Podemos «comenzar de nuevo desde el principio» con cada nuevo aliento. La renovación del socialismo hará posible que «el espíritu de la revolución» florezca de nuevo. Por supuesto, lo que quedará por ver es si, por fin, somos capaces de «hacer las cosas bien».

Notas

1. «Ring the bells that still can ring / Forget your perfect offering / There is a crack in everything / That's how the light gets in» (Leonard Cohen, *Anthem*).
«What has happened has happened. The water / You once poured into the wine cannot be / Drained off again, but / Everything changes. You can make / A fresh start with your final breath» (Bertolt Brecht, *Everything changes*).
La estrofa de la Internacional que reproduce el autor pertenece a la versión estadounidense de la canción, y no figura ni en la versión francesa de Eugène Pottier ni en otras versiones habituales en lengua inglesa como las del Reino Unido, traducida por Engels, o Canadá, aunque los tres últimos versos sí que aparecen en la versión que se canta en Sudáfrica. Las diversas versiones que existen en español son también completamente diferentes. Aquí hemos optado por respetar y traducir la estrofa que cita el autor porque, al final del artículo, se vuelve a hacer referencia a ella en un contexto en el que carece de todo sentido alterarla. La estrofa dice: «To make the thief disgorge his booty, / To free the spirit from its cell. / We must ourselves decide our duty, / We must decide and do it well» [T.].
2. Hannah Arendt, *On Revolution* (Viking, Nueva York, 1965): p. 28. (Edición española: *Sobre la Revolución* Alianza Editorial, Madrid, 1988.)
3. Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (International Publishers, Nueva York, 1963): p. 17. (Edición española: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* Editorial Ariel, Barcelona, 1982.)
4. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 5ª ed. (Allen & Unwin, Londres, 1976): p. 3. Publicado originalmente en 1943. (Edición española, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Ediciones Folio, Barcelona, 1984.)
5. Estoy pensando en especial, en contraste con la «renovación de la socialdemocracia», de carácter intelectualmente perezoso y falta de inspiración, que diseña Anthony Giddens en *The Third Way* (Polity, Cambridge, Reino Unido, 1998 —edición española: *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*aurus, Madrid, 2003— o con las tres decepcionantes «uto-

- pías reales» que profusamente se discuten en el capítulo final de esa obra, en Boris Kagarlitsky, *Return of Radicalism: Reshaping the Left Institution* (Pluto, Londres, 2000), en David Harvey, *Spaces of Hope* (University of California Press, Berkeley, 2000 —edición española: *Espacios de esperanza*, Ediciones Akal, Tres Cantos, 2003— y en la obra tardía de Daniel Singer, *Whose Millenium? Theirs or Ours?* (Monthly Review Press, Nueva York, 1999), de un autor que tanto hizo por mantener vivo el espíritu de la revolución a lo largo de la década oscura para la izquierda con que se cerró el siglo xx.
6. Ernst Bloch, *The Principle of Hope* (MIT Press, Cambridge, Mass., 1986): p. 148. (Edición española: *El principio esperanza* (obra completa), Aguilar, Madrid, 1977-1980.)